

MANUELA MESA

Conflictos y educación

Desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 se ha producido una transformación de las relaciones internacionales y una brusca reordenación de la agenda global. La intervención en Afganistán y la guerra en Irak muestran una serie de tendencias en el sistema internacional que van a afectar a todas las esferas de la vida, desde lo local a lo global. Tres viejos dilemas se plantean de nuevo: el del uso de la violencia frente a las soluciones pacíficas y negociadas a la hora de resolver los conflictos; el de la seguridad frente a la libertad; el de la identidad nacional frente al cosmopolitismo. En este texto la autora aborda cuales serían las respuestas educativas a cada uno de ellos.

Manuela Mesa es directora de Educación para el Desarrollo del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

El dilema del uso de la violencia para resolver conflictos

En el sistema internacional se ha acentuado la tendencia a usar la fuerza como método de enfrentar los problemas. La definición por parte del presidente Bush de un “eje del mal” y el ataque e invasión de Irak se insertan en este contexto. Esto supone marginar el Derecho y la cooperación internacional.¹ Para EEUU, estos hechos han supuesto el reforzamiento de sus políticas unilaterales y contrarias a las normas internacionales (la negación a ratificar el Tribunal Penal Internacional o el Protocolo de Kioto) y la imposición de sus políticas a sus aliados europeos, junto con la no disimulada intención de forzar la división europea.

Esta estrategia unilateral y militarizada no puede ser un medio para alcanzar la seguridad y un mundo estable y seguro. Uno de los elementos de mayor importancia para asegurar la estabilidad y la paz es el establecimiento de mecanismos correctores de la desigualdad internacional y de la pobreza, entre el Norte y el Sur y dentro de los países del Sur, cada vez más acentuada debido a la liberalización económica de las últimas décadas. Es necesario alcanzar un consenso político básico basado en mecanismos de inclusión social, para evitar que la coerción pueda terminar siendo la única vía de ejercicio del poder hegemónico y, como consecuencia, las respuestas violentas y la guerra.

¹ Mariano Aguirre y Mabel González, *De Nueva York a Kabul, Anuario Cip 2002*, Icaria, CIP-FUHEM, Madrid, 2002.

Los avances que se habían logrado acerca de los problemas transnacionales en terrenos como el medio ambiente, los derechos humanos, el comercio internacional y la democratización se están malogrando. La fuerza vuelve a ser considerada la mejor respuesta para lograr la seguridad y alcanzar objetivos políticos. EEUU muestra sin ningún tipo de pudor su voluntad de reafirmar su supremacía cultural, económica y militar sobre todo el mundo. Así lo expresa en su política, discursos y documentos claves como la nueva "Estrategia de Seguridad Nacional" adoptada en 2002.

Con el espectacular aumento del presupuesto de Defensa aprobado en los últimos meses, EEUU representa por sí solo el 40% del gasto militar mundial. Antes del inicio de la guerra en Irak, se planteó la posibilidad de utilizar armas nucleares de baja escala. Esto resulta muy grave y muestra que es necesario hacer una crítica y revisión del papel del uso de la fuerza y la violencia y, en general, de los mecanismos internacionales de seguridad colectiva, con especial referencia a Naciones Unidas.

Esto debe realizarse en todos los ámbitos y estructuras sociales, desde la educación hasta la economía, desde la defensa a la política exterior. Se debe promover propuestas creativas, basadas en la razón y la justicia, para resolver los conflictos y fortalecer la ciudadanía y la democracia. Es un proceso largo que implica a todas las instituciones y al conjunto de la sociedad civil y la clase política.

Las instituciones educativas pueden contribuir incorporando en el aprendizaje visiones del mundo globales e integradoras, que muestren las crecientes interrelaciones que existen entre la paz y la seguridad y aspectos como la economía, la cultura, la ciencia o la política internacional;² ofreciendo, además, claves para interpretar los conflictos en todas sus dimensiones; y promoviendo valores relacionados con la justicia, el respeto de los derechos humanos, la participación y la solidaridad.³

Las organizaciones sociales e instituciones políticas habrán de abrir un espacio real de participación y debate de las decisiones que adoptan los gobiernos, e impulsar instituciones internacionales que garanticen el respeto de la ley y la justicia. La oposición a la guerra en Irak y sus movilizaciones a nivel mundial son un signo de que este proceso ya ha empezado.

Seguridad frente a libertad

Con los atentados de Washington y Nueva York, el miedo y la inseguridad se han instalado en la conciencia pública de Occidente y, en particular, de EEUU. La guerra de Afganistán y en Irak como parte de la "guerra contra el terrorismo" son muestras palpables de la primacía casi absoluta que ha adquirido la seguridad nacional en los asuntos internos y en la política exterior de los Estados, y en particular, de EEUU y del Occidente industrializado.

² Pedro Sáez, *Guerra y Paz en el comienzo del siglo XXI*, CIP/CIE/FUHEM, Madrid, 2002. Ver reseña de este libro en página 151 (N. de la Ed.).

³ Xesús Jares, "Conocer lo que pasa: educación para la paz después del 11 de septiembre", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, 2002, Nº 78.

La inseguridad resulta ser un poderoso argumento político para reducir las libertades públicas y los derechos. Así lo muestra el reciente informe realizado por la Unión Europea,⁴ por expertos independientes de los Quince. Las condiciones de detención, la confidencialidad sobre datos privados, la libertad de expresión y las leyes restrictivas con los inmigrantes son algunos de los aspectos más preocupantes reflejados en el informe. El documento destaca el importante riesgo de discriminación que entraña una iniciativa española para que, en el seno de la Unión, exista “un formulario tipo” en el que sean incluidas personas y organizaciones susceptibles de cometer actos terroristas. Estos perfiles tendrán en cuenta la nacionalidad, la edad, la educación, el lugar de nacimiento, características psicossociológicas o la situación familiar. Entre las referencias a España, figura la posibilidad de mantener incomunicados cinco días a los detenidos por terrorismo.

En esta mismo sentido, la prestigiosa organización de derechos humanos Human Rights Watch (septiembre 2002) ha denunciado que se han adoptado en Europa y EEUU, medidas antiterroristas que resultan desproporcionadas en contra de los extranjeros, particularmente árabes. Esto ha supuesto la puesta en práctica de políticas discriminatorias, detenciones arbitrarias, deportaciones, entre otras. Algunos Gobiernos, entre ellos el español, han adoptado medidas punitivas y restrictivas frente a los solicitantes de asilo y a los inmigrantes, estableciendo una relación entre inmigración y delincuencia. Se han erosionado los derechos de los refugiados al vincularlos en ocasiones con el terrorismo. Combatir el terrorismo requiere no sólo aplicar medidas de seguridad sino también la reafirmación de los valores basados en los derechos humanos. El respeto de los derechos humanos es un componente central de la “seguridad humana”.

La defensa de los derechos humanos, y en especial de libertades básicas que suelen ser cercenadas con la excusa del “combate al terrorismo”, como la libertad de asociación o de expresión, son aspectos esenciales que deben promoverse en todos los ámbitos, incluido el educativo. Es necesario educar a personas capaces de exigir a sus dirigentes políticos que respeten la legalidad vigente, los acuerdos internacionales, el derecho a la ciudadanía de los inmigrantes o el asilo político. La educación para los derechos humanos vuelve a tener plena vigencia y se convierte en un necesidad imperativa.⁵

Es necesario educar a personas capaces de exigir a sus dirigentes políticos que respeten la legalidad vigente

Identidad nacional frente a cosmopolitismo

En el actual contexto de globalización y conflicto se observan dos tendencias contrapuestas que coexisten:

⁴ *El País*, 6 de mayo de 2003.

⁵ Amnistía Internacional, *Educación para los derechos humanos*, La Catarata, Madrid, 1995; Santiago Sanchez Torrado, *Ciudadanía sin fronteras. Cómo pensar y aplicar una educación en valores*, Descleé de Brouwer, Bilbao, 1998; Xuso Jares, *Educación para la paz: su teoría y su práctica*, Popular, Madrid, 1999.

1. La tendencia a la homogenización y estandarización cultural, que conduce a la pérdida de identidad cultural y produce reacciones y resistencias contra la uniformización impuesta por los más fuertes. Este ha sido el caldo de cultivo de los fundamentalismos y nacionalismos excluyentes.
2. La tendencia al multiculturalismo, al encuentro y el mestizaje cultural, que ha existido siempre, pero se acentúa en la última década. Cada cultura y cada lengua es el resultado de la relación e interacción con otros pueblos y se caracteriza por su dinamismo y capacidad de transformación.⁶

Tras el 11 de septiembre se han multiplicado los ataques al multiculturalismo integrador. Se ha reforzado la defensa de identidades nacionales y culturales excluyentes, apoyándose en “valores esenciales” basados en la raza, la etnia, el sexo y, en algunos casos, la religión o la clase social.

Se apela a la identidad nacional y a los valores propios, y se cierran las vías de diálogo, la comprensión y el acercamiento al “otro”, sea el inmigrante no occidental o el mundo árabe o islam, a los que se percibe como amenaza.

Tanto en EEUU como en Europa, el miedo y la inseguridad alimentan el rearme ideológico de la derecha conservadora y el resurgir del racismo y la xenofobia.

Los procesos electorales del año pasado en Europa occidental (las elecciones en Francia en donde se registraron grandes avances de la extrema derecha) y la primacía que ha adquirido el binomio inmigración-inseguridad en el debate político, son sólo una muestra de las ramificaciones del 11 de septiembre en las políticas nacionales europeas.

Las tesis planteadas por Edward Said⁷ vuelven a estar en plena actualidad con la percepción negativa del mundo árabe, asociado al terrorismo y al fanatismo. Esto ha supuesto un retroceso enorme en la superación de estas visiones distorsionadas sobre el mundo árabe, y sobre los inmigrantes en general. Cierta tipo de discurso de corte racista y excluyente ha emergido con fuerza. Los medios de comunicación deberían realizar una mejor selección de las imágenes y mensajes que difunden, evitando la demonización del mundo árabe, y superando los prejuicios y estereotipos existentes. Las sociedades europeas y estadounidenses son multiculturales y lo serán más en el futuro, por lo que es imprescindible promover espacios de encuentro y convivencia. La educación, en particular, debe promover procesos educativos que ayuden a superar los prejuicios y estereotipos sobre el mundo árabe, que criminaliza al inmigrante y que coloca al diferente bajo sospecha.

En las sociedades democráticas los ciudadanos necesitan conocer y comprender el carácter enriquecedor de la diversidad de culturas, y de códigos valorativos distintos. Es impensable que en un mundo globalizado las identidades se mantengan cerradas y sin cambios. La cuestión, como plantea Javier de Lucas es

⁶ Javier de Lucas, *Puertas que se cierran. Europa como fortaleza*, Icaria, Barcelona, 1997; Javier de Lucas, “Seis falacias sobre el multiculturalismo”, *Temas para el Debate*, abril 2002, Nº 89.

⁷ Edward W. Said, *Orientalismo*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1990; Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Madrid, 1993.

de qué manera las culturas se vinculan e interrelacionan entre sí: si es por medio de la negociación, la resistencia o la oposición.

El diálogo intercultural se convierte en un elemento clave para construir la sociedad del futuro que aumenta la autonomía, la formación y la capacidad de elección de las personas. Se trata de construir una nueva cultura basada en el respeto a la diversidad. La educación para la paz puede realizar una importante contribución en este sentido, elaborando propuestas didácticas dirigidas a un mayor conocimiento de otros pueblos y culturas, a facilitar la resolución de los conflictos interculturales y a promover espacios de convivencia, que permitan avanzar en la construcción de una sociedad multicultural por la vía de la negociación.